

Espejos domésticos: animales y hongos como reflejos de los outsiders en dos cuentos de Guadalupe Nettel

Domestic mirrors: animals and fungi as reflections of outsiders in two short stories by Guadalupe Nettel

Carlos Octavio Escobar Guzmán 

Universidad de Guanajuato, México

co.escobar@ugto.mx

Recepción: 28 de abril de 2026
Aceptación: 31 de mayo de 2026

Resumen

En el presente artículo se analizan dos de los cuentos incluidos en *El matrimonio de los peces rojos* (2013) de la autora mexicana Guadalupe Nettel: “El matrimonio de los peces rojos” y “Hongos”. En ambos, se explora cómo las entidades no-humanas –animales y hongos, respectivamente– condicionan la manera en que los personajes principales se perciben a sí mismos y en cómo se relacionan con sus parejas amorosas. A partir del análisis se pone de manifiesto que estas entidades opuestas a lo humano, en el caso de la obra de Nettel, se conceptualizan como metáforas que revelan, mediante un juego de espejos e identificación, la esencia de los personajes, lo que influye en sus acciones y su configuración corporal.

Palabras clave: amor, animales, anómalo, corporalidad, otredad

Abstract

This article analyzes two short stories included in El matrimonio de los peces rojos (2013) by Mexican author Guadalupe Nettel: “El matrimonio de los peces rojos” and “Hongos”. Both stories examine how non-human entities –animals and fungi, respectively– condition the main characters’ self-perception and their romantic dynamics. The analysis reveals that these entities, positioned in opposition to the human, are conceptualized in Nettel’s work as metaphors. Through a process of mirroring and identification, they unveil the immanent essence of the characters, influencing not only their behavior but also the conceptualizations of their own bodies.

Keywords: animals, anomalous, corporeality, love, otherness

Introducción

Las novelas y cuentos de Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973) se caracterizan por estar habitados de personajes peculiares. Ya sea debido a una enfermedad, algún defecto corporal o por una anomalía en el comportamiento, los sujetos nettelianos se autodenominan *outsiders*, a tal grado que aun cuando en algunos casos logran tender lazos con otros individuos o colectividades, sus relaciones no dejan de situarse en los límites sociales. En la mayoría de los relatos, la autoconcepción como sujetos limítrofes se encuentra estrechamente imbricada con la manera en que estos personajes se relacionan con sus propios cuerpos, tema de igual manera central en la narrativa de la mexicana. En sus páginas abundan las corporalidades anómalas afectadas por la ceguera, por marcas de nacimiento que les separan y distinguen de los demás, o por “monstruos psíquicos” que les incitan a llevar a cabo acciones violentas o compulsivas, como golpear salvajemente a una compañera de escuela o arrancarse repetidamente el cabello para comérselo.

Pero hay también, una serie de personajes de Nettel que atraviesan procesos de identificación a partir de la equiparación de sus personalidades con entidades que exceden lo humano, sean animales, plantas u hongos, a través de las cuales acceden a un conocimiento de sí mismos que hasta el momento del encuentro les ha estado vedado. El contacto con tales entidades, a las que podemos agrupar bajo la etiqueta de no-humanas, propicia una transformación que revela una verdadera “esencia” que subyace en los personajes. De manera que la identificación con el animal, la planta o el hongo da forma a una subjetividad e identidad.

Ejemplos de esta metamorfosis pueden encontrarse en relatos como “Bonsai”, “Pétalos” o “Bezoar”,¹ pero especialmente está presente en *El matrimonio de los peces rojos* (2013), segundo libro de relatos de la autora. En este, se ejemplifica un patrón de identificación con lo no-humano: animales domésticos (en “El matrimonio de los peces rojos”, “Felina” y “La serpiente de Beijín”), insectos (en “Guerra en los basureros”) y hongos (en “Hongos”) se convierten en el punto de quiebre que transforma a los personajes. Para el presente artículo, propongo analizar dos de los cuentos contenidos en este libro, “El matrimonio de los peces rojos” y “Hongos”, los cuales son ejemplos de cómo cuando los personajes entran en contacto con las entidades no-humanas su autopercepción se transforma, lo que a su vez incide en la manera en que estos se relacionan con sus parejas. Ambos relatos abordan la manera en que los personajes *outsiders* de Nettel entablan relaciones amorosas.

¹ Relatos incluidos en la primera colección de cuentos de la autora, *Pétalos y otras historias incómodas*, de 2008.

Los animales y hongos que somos

Los relatos contenidos en *El matrimonio de los peces rojos*, como decía, abordan los vínculos con aquellas entidades que exceden lo humano. El relato que abre el volumen, homónimo al libro, se centra en un matrimonio que espera el nacimiento de su primera hija. Durante la espera, la pareja recibe de regalo un par de peces de color rojo nombrados dentro del relato como “luchadores de Siam” y descritos como una especie tan agresiva que son frecuentes los ataques entre la propia pareja, lo que dificulta su vida en el cautiverio, hecho que posteriormente adquiere una notoria ironía debido a las similitudes que la pareja comparte con los peces. Durante su permiso de maternidad, la mujer, quien cumple el rol de narradora del relato, se obsesiona con el comportamiento de los peces. De forma gradual, la mujer nota un parecido en la manera de actuar de los peces y su propia relación matrimonial. Sumidos en el proceso del embarazo, ambos discuten cada vez más, lo que desemboca en el divorcio.

A partir de esa fijación con los peces, la narradora destaca las similitudes entre las mascotas y la dinámica con su pareja. Es en este relato donde se encuentra la declaración de intenciones que atraviesa el libro: “En general, se aprende mucho de los animales con los que convivimos, incluidos los peces. Son como un espejo que refleja emociones o comportamientos subterráneos que no nos atrevemos a ver” (Nettel, 2013, pp. 15-16). Los animales, como los insectos y los hongos, sin importar que el encuentro con ellos esté envuelto en la casualidad, devuelve una imagen especular a través de la cual los personajes adquieren conciencia de sí mismos.

En estos relatos de Nettel es posible observar cómo todas estas figuras no-humanas se sitúan en el rol de un *otro* especular en el sentido lacaniano; es decir, se convierten en el espejo que les devuelve una imagen similar, pero deformada de sí mismos y mediante la cual constituyen una identidad. Cuando Lacan (2009, p. 100) delimita el estadio del espejo, lo conceptualiza como el proceso que atraviesa el infante mediante el cual cobra conciencia de su individualidad, ya que, viéndose reflejado en los otros que les rodean reconoce los límites de su corporalidad y su condición como individuo. En este sentido, los personajes nettelianos se retrotraen a un proceso especular pervertido donde recrean una nueva individualidad –y con ello, una identidad– a partir de estas figuras especulares no-humanas.

Estos relatos de Nettel van a la contra de toda aquella tradición conceptual que históricamente situaba al animal, y por extensión a todo aquello que excedía lo entendido como humano, como entidades inferiores. Aquello se instituyó en un especismo, es decir, una

forma de discriminación [que] se aplica en general a través de la creencia que afirma la superioridad de una especie en detrimento de las demás y preconiza, entre otras cosas, la separación de especies o grupos por segregación en condiciones de vulnerabilidad. (Baquedano, 2017, p. 253)

Dicha división se puede conceptualizar entre lo que Giorgio Agamben distingue en el *bíos* y el *zoé*, es decir, entre “vida políticamente cualificada y vida desnuda, vida pública y vida privada, vida vegetativa y vida de relación, de modo que cada una de las particiones sólo sea determinable en su relación con las otras” (Agamben, 2017, p. 18). Todo este soporte conceptual provoca que la posición de todo aquello que no responde a esa concepción de un sujeto normado se encuentre relegado en distintos discursos a la posición de *zoé*: vida y cuerpo prescindible por ser diferente al humano.

Según Giorgi (2014, p. 12), existe una serie de obras literarias que exploran el lugar del animal, no como un ser relegado, sino como un invasor que trastoca ideas preconcebidas. Giorgi enlista en esta línea obras como *A paixão segundo G. H.* (1964), de Clarice Lispector, “*Meu tio o lauretê*” (1961), de Guimarães Rosa, y *El beso de la mujer araña* (1976), de Manuel Puig. Son todas obras que sitúan al animal como un agente invasor del espacio íntimo, lo que desestabiliza las categorías ordenadoras del mundo, ya sean estéticas, jerárquicas o biopolíticas.² Se trata de obras en las que estas entidades se configuran como una emergencia que se da “sobre todo, allí donde se interroga el cuerpo, sus deseos, sus enfermedades, sus pasiones y sus afectos, allí donde el cuerpo se vuelve un protagonista y un motor de las investigaciones estéticas a la vez que horizonte de apuestas políticas, despertará una animalidad que ya no podrá ser separada con precisión de la vida humana” (Giorgi, 2014, pp. 11-12).

Partiendo de esta delimitación, es posible situar los relatos de *El matrimonio de los peces rojos* como continuadores de esta tradición subversiva de la posición del animal. Más aún, en estos cuentos Nettel amplía el poder subversivo asignado en estas obras al animal y lo extiende a otras entidades que igualmente exceden lo humano: insectos y hongos. En todos los casos, estos son espejos en los que los personajes se ven reflejados e identificados. La vida de estos seres, otrora considerada nula, ahora “desafía presupuestos sobre la especificidad y la esencia de lo humano, y

² En el caso de la tradición literaria mexicana, pueden citarse, además, obras como *Bestiario* (1958), de Juan José Arreola o *Álbum de zoología* (1985), de José Emilio Pacheco, y libros contemporáneos a los de Nettel como *Bestias* (2005), de Ricardo Guzmán Wolffer, y *La octava plaga* (2011), de Bernardo Esquina (Hernández, 2014), así como *El animal sobre la piedra* (2008) y *El beso de la liebre* (2012), de Daniela Tarazona.

desbarata su forma misma a partir de una inestabilidad figurativa que problematiza la definición de lo humano como evidencia y como ontología” (Giorgi, 2014, p. 15). El contacto con los personajes y su identificación con estas entidades en un nuevo estadio del espejo provoca una transformación en sus personalidades, así como en la manera en que se conciben a sí mismos y a aquellos que les rodean, revelando entonces una esencia que había quedado oculta hasta ese momento.

En “El matrimonio de los peces rojos”, la llegada de los peces a la intimidad doméstica se imbrica con una representación de la dinámica que el matrimonio posee, estableciéndose una simbiosis entre ambas parejas donde ciertas acciones de los peces anteceden a las del matrimonio. Por ejemplo, una mañana, Vincent, el marido, le hace notar a su mujer un cambio en los peces: “Recuerdo que una mañana, mientras preparaba café en la barra de la cocina, me hizo notar que uno de ellos, posiblemente el macho, había abierto sus aletas, que ahora lucían más grandes, como duplicadas, y llenas de colores” (Nettel, 2013, p. 17). El hecho, que al inicio parece carecer de importancia, deviene en un punto de conexión. La narradora se encarga de explicar que se trata de una manifestación corporal que señala un acto territorial y de apareamiento por parte del pez macho, lo que puede provocar una actitud violenta hacia la hembra. El mismo día, en el mercado, el matrimonio se engarza en una pelea por la compra de unas naranjas: “No sé si fueron las hormonas. Las mujeres embarazadas suelen ponerse mal por nimiedades. Lo cierto es que, en menos de cinco minutos, sentí cómo mi vida se cubría de nubes oscuras y amenazadoras” (Nettel, 2013, p. 18). La confluencia de ambos eventos provoca en la mujer sentimientos de empatía hacia el pez hembra.

Más aún, la conexión entre la mujer y el pez hembra tiene como síntoma cambios corporales: unas rayas pardas y alargadas aparecen en el cuerpo del animal, poco antes de la aparición de la línea alba de ella, una mancha marrón situada a la mitad de su vientre. Si bien la naturaleza de ambas marcas es distinta,³ la aparición casi simultánea de las líneas refuerza la semejanza entre el pez y la mujer.

El nacimiento de la hija provoca que la relación del matrimonio empeore. La convivencia se torna progresivamente más conflictiva, imitando la naturaleza de los peces *betta*. La narración se encarga de resaltar cómo la pareja se resquebraja, convirtiéndose en dos personas incapaces de estar juntos sin discutir, como si el conflicto fuera parte de su naturaleza. El cuento de Nettel, al igual que las obras estudiadas por Giorgi, borra las fronteras entre animal y humano. Si ambas entidades comienzan

³ Según el *Diccionario enciclopédico* que consulta la narradora para obtener más información sobre sus mascotas, las rayas en el cuerpo del pez son señales que indican una situación de estrés o peligro, mientras que la línea alba es un cambio hormonal y dermatológico producto del embarazo.

a tener comportamientos especulares, los límites que separan a ambos grupos se tornan borrosos. La pérdida de la división entre humanos y animales provoca un cisma en las concepciones de lo humano y la pareja que va a la contra de las expectativas sociales.

La inminente ruptura es descrita por la narradora del cuento como algo inevitable, no porque haya en ello un destino funesto que sean incapaces de torcer, sino por la esencia conflictiva presente en ambos y que solo ellos no habían sabido detectar:

A nadie sorprende que Vincent y yo nos estemos separando. Me doy cuenta de que es una catástrofe que la gente esperaba, como el derrumbe económico de algún pequeño país o la muerte de un enfermo terminal. Sólo nosotros habíamos seguido aferrados durante meses a la posibilidad de un cambio que ni sabíamos propiciar ni estaba en nuestra naturaleza llevar a cabo. (Nettel, 2013, p. 42)

Si bien la pareja no escogió como mascotas a los peces, estos les devuelven su verdadera imagen y les muestran, incluso antes de que pase, los problemas de su relación amorosa. En el cuento, el animal no es contrario a lo humano. Esto se opone a aquellos discursos ordenadores que reflexionan sobre la concepción del amor y que, de una manera u otra, se asientan en la dicotomía entre humano y animal, favoreciendo uno u otro de los polos.

A modo de ejemplo, podemos abordar dos concepciones que en cada una de estas vertientes reflexionan sobre el amor: por un lado, Schopenhauer (2014) considera el sentimiento del amor como un síntoma de un instinto natural para manifestar una atracción sexual que asegure la continuación de la especie;⁴ por otro, Bataille (2013) delinea al erotismo, y por extensión al amor, como una superación del simple instinto reproductivo animal, lo que implica considerar la sexualidad como algo que va más allá de la perpetuación de la especie: es la búsqueda por alcanzar el goce, sin que medie en ello la necesidad de la gestación de hijos.

Estas reflexiones sobre el amor problematizan las relaciones entre animalidad y humanidad, entre instinto y consciencia, situando el sentimiento amoroso en alguno de estos dos polos. En el cuento de Nettel, el amor que la pareja se profesaba termina siendo “devorado” por las constantes rencillas, las cuales despiertan por el contacto con la naturaleza subyacente de los personajes. Una esencia que se mani-

⁴ Una muestra del pensamiento de Schopenhauer sobre el amor puede apreciarse en esta sentencia: “Por desinteresada e ideal que pueda parecer la admiración por una persona amada, el objetivo final es en realidad la creación de un ser nuevo, determinado en su naturaleza; y lo que lo prueba así es que el amor no se contenta con un sentimiento recíproco, sino que exige la posesión misma, lo esencial, es decir, el goce físico” (Schopenhauer, 2014, p. 21).

fiesta a través de la simbiosis con los peces, aplacando el sentimiento amoroso y haciendo imposible mantener la convivencia.

En la misma colección de relatos se encuentra “Hongos”, el cual escenifica una dinámica similar a la del relato anterior. Sin embargo, el cuento posiciona en el lugar del otro especular no a un animal, sino, como se verá, a un hongo. Desde la perspectiva de las ciencias biológicas, la conceptualización del reino *fungi* sigue siendo problemática, ya que los hongos comparten características con el resto de los reinos, pero también poseen características únicas que los diferencian de los demás.⁵ En este sentido, el rol del hongo en el relato de Nettel semeja al de los peces del cuento anterior al entenderse como una entidad que invade un espacio ajeno, pero más aún: la presencia invasora, en algunos de los casos, puede transformar el territorio a su alrededor: “los hongos (particularmente los simbiosites) influyen fuertemente el ambiente en el que habitan, construyen su nicho” (Marín y Suárez, 2024, p. 74). La invasión del hongo de nueva cuenta se convierte en un espejo que incide tanto en la percepción que la protagonista tiene de sí misma, pero también en el territorio que invade, en este cuento, el propio cuerpo de la mujer.

El cuento narra, también en primera persona, los encuentros sexuales de una violinista y Philippe Laval, un director de orquesta belga. Ambos mantienen un romance extramarital que se concreta en esporádicos encuentros de no más de unos cuantos días por ocasión. A pesar de la distancia, ambos, pero en especial en ella, experimentan una pasión exacerbada por el otro. Pasión y vínculo que se manifiesta en el relato a partir de un hongo venéreo al que ven como un reflejo de su propia relación:

Cuando dos personas piensan constantemente la una en la otra, se establece entre ellas un vínculo que rebasa los medios ortodoxos de comunicación. Aunque estuviera determinada a olvidarlo, al menos a no pensar en él con la misma intensidad, mi cuerpo se reveló a ese designio y empezó a manifestar su voluntad por medio de sensaciones físicas y, por supuesto, incontrolables... Si los síntomas estaban presentes en ambos, lo

⁵ Al respecto, me baso en el trabajo de Marín y Suárez: “Los hongos comparten características tanto con animales como con plantas. Al igual que los animales, los hongos no poseen cloroplastos y son heterótrofos. Como las plantas, los hongos tienen pared celular, vacuolas, y reproducción sexual y asexual; como los helechos y musgos, los hongos producen esporas; y como las algas y los musgos, tienen núcleos haploides [...] Sin embargo, los hongos presentan algunas características no encontradas en otros reinos; por ejemplo, algunas levaduras unicelulares se reproducen por esporulación o por fisión binaria, algunos hongos dimórficos pueden cambiar entre un estado de levadura y uno de hifa, y de forma única, los hongos son los únicos organismos cuya pared celular está compuesta al mismo tiempo de glucanos (estos se encuentran en la pared celular de las plantas) y quitina (esta se encuentra en el exoesqueleto de los artrópodos)” (2024, p. 73).

más probable era que padeciéramos lo mismo. No una enfermedad grave, como pensaba él, pero quizás sí una micosis. (Nettel, 2013, p. 96)

Además de la identificación con el hongo, en este cuento resaltan, como mencioné, los espacios en los que se sitúa la narración: sus encuentros son tan breves que la importancia de los lugares se hiperboliza. Así, un castillo en Copenhague o unas habitaciones de hoteles en Canadá se convierten en sitios ajenos a la cotidianidad y, en ese alejamiento de los espacios propios, en lugares en los que les está permitido expresar la pasión mutua. Esto contrasta con los momentos de separación de estos amantes, lo que produce que sea el cuerpo que devenido en un espacio adquiera una importancia significativa en las expresiones de esa atracción erótica.

El cuerpo, en su dimensión espacial, es segmentado metafóricamente: sus partes adquieren una relevancia significativa dentro del relato. Así, este se acerca a las reflexiones filosóficas de Nancy (2003), quien transforma el *Dasein* de Martin Heidegger. Si el alemán establece este concepto como la idea del ser-arrojado-al-mundo, es decir, la del sujeto como un ente que es lanzado a su existencia ante la cual no tiene posibilidad de controlar la totalidad del mundo que le rodea, Nancy modifica el concepto para hablar del ser-arrojado-al-cuerpo: el sujeto, antes de ser arrojado al mundo, enfrenta la existencia a través de su cuerpo, llegando este a ser su propia existencia; lo que, llevado a su extremo lógico, permite plantear la idea de que hablar de una ontología del cuerpo no sería otra cosa que acercarse a la ontología misma.

Los elementos de la espacialidad y del cuerpo en tanto espacio adquieren gran relevancia a lo largo del cuento, ya que ambos aspectos, considerados como el lugar de la intimidad para el sujeto, se ven invadidos por elementos ajenos, los cuales rompen con la cotidianidad y permiten a ambos personajes entablar su romance extramarital. En este sentido, la primera mención de Laval en el relato se vuelve significativa cuando se observa desde esta perspectiva, ya que, en ese momento, no es una presencia física, sino que se da a través de uno de sus conciertos grabados. Aquello no atenúa el impacto; antes parece potenciarlo: “Recuerdo la sensación de estupor que me produjo escucharlo. Hacía calor. Tenía las puertas del balcón abiertas para que entrara por la ventana el aire fresco y, aun así, la emoción me impidió respirar normalmente” (Nettel, 2013, p. 86). En este caso, la intimidad de la narradora se ve invadida por Laval a través de su música.

Con este antecedente, el primer encuentro físico con el belga no sucede en un espacio íntimo, sino en un lugar ajeno, especialmente tomando en cuenta que se sitúa en el extranjero. Un castillo situado a las afueras de la ciudad de Copenhague,

donde se imparte una escuela de verano, es el escenario de esos primeros momentos a solas. Al respecto, la misma narradora resalta que es “un lugar fuera de la realidad que nos deja dedicarnos a aquello que usualmente no nos permitimos” (Nettel, 2013, p. 87), algo que también entra en relación con las referencias clásicas sobre los castillos y su presencia en cuentos de hadas, entre otras historias de la cultura popular europea. La ruptura de la cotidianidad producida por el cambio de espacio les permite a los personajes llevar a cabo acciones que de otro modo no realizarían. Esta ruptura también se hace presente en la manera en que los personajes, pero principalmente la protagonista, experimentan el estar en el espacio que es su propio cuerpo, ya que, como se verá, una vez sumidos en la relación extramarital se transformará la manera en que se perciben a sí mismos. En este cuento como en ningún otro, el cuerpo hace evidente su característica de “espacio abierto” que denomina Nancy (2003, p. 15), es decir, el lugar de la existencia que alberga al ser y a donde este es arrojado.

El encuentro es tan potente que ni siquiera la vuelta a casa provoca que la intimidad se restaure. Si bien a primera vista pareciera que todo vuelve a la normalidad, aquellos espacios cotidianos son descritos como recubiertos de una fina capa de polvo más gruesa de lo normal, la cual introduce un elemento extraño en su día a día, poniendo de manifiesto que tanto su casa como su cuerpo han cambiado: “la forma de estar en mi casa y en todos los espacios, incluido mi propio cuerpo, se había transformado y, aunque entonces no fuera consciente de ello, resultaba imposible dar vuelta atrás” (Nettel, 2013, p. 90).

Como mencionábamos antes, los cuerpos de los amantes, pero principalmente el de ella, sufren una transformación que acentúa la idea de ser espacios que se han transformado después de los encuentros amorosos, lo que altera el modo de estar en ellos. Cuando ambos se encuentran separados, sus cuerpos empiezan a resentir la ausencia del otro, resaltando la conexión que se ha establecido entre ambos. En un primer momento, dicho vínculo se manifiesta cuando, a escondidas de sus respectivas parejas, se comunican a través de mensajes de celular y correos electrónicos, generando una dependencia excesiva de la comunicación que, al verse interrumpida, se traduce en reacciones corporales asociadas con la ansiedad: “Cuando, por alguna razón, tardaba más de lo habitual en escribir o le era imposible responder pronto a mis mensajes, mi cuerpo daba señales claras de ansiedad: mandíbulas apretadas, sudor en las manos, movimiento involuntario de una pierna” (Nettel, 2013, p. 93).

En un segundo momento, el cuerpo es metaforizado como un espacio ajeno, pero que ha sido conquistado y tomado por el amante. Por lo cual este lo explora y se lo

apropia, convirtiéndose en el cuerpo único que Paz, en *La llama doble* (2014, p. 33), expresa como aquel que el amante desea solamente para sí y que no es igual a ningún otro: “El tiempo que no empleábamos trabajando, lo pasábamos solos en su habitación, reconociendo, de todas las maneras imaginables, el cuerpo del otro, sus reacciones y sus humores, como quien vuelve a un territorio conocido del que no quisiera salir jamás” (Nettel, 2013, p. 94). La conexión entre ambos cuerpos se fortalece a partir de cada encuentro, al grado que cuando ambos deciden poner término a la relación, el cuerpo, en su dimensión espacial, no puede resquebrajar el vínculo y comienza a ser invadido por una entidad que se convierte en una manifestación física de esa relación suspendida:

cuando dos personas piensan constantemente la una en la otra, se establece entre ellas un vínculo que rebasa los medios ortodoxos de comunicación. Aunque estuviera determinada a olvidarlo, al menos a no pensar en él con la misma intensidad, mi cuerpo se reveló a ese designio y empezó a manifestar su voluntad por medio de sensaciones físicas y, por supuesto, incontrolables. (Nettel, 2013, p. 96)

El hongo se presenta con una doble conceptualización: a nivel físico, su aparición constituye una manifestación del vínculo, lo que crea una metáfora de un territorio faltante, como lo es el cuerpo del amante; a nivel alegórico, es también una conceptualización del tipo de relación que llevan los amantes; una que funciona bajo una dinámica parasitaria, ya que ambos establecen un vínculo de dependencia hacia el otro, más específicamente, hacia su cuerpo.

La relación entre Laval y la narradora comienza a adquirir connotaciones de tipo parasitario, y es la narradora quien explícitamente se asume a sí misma en total dependencia del amante: “Los parásitos –ahora lo sé– *somos seres insatisfechos por naturaleza... Vivimos en un estado de constante tristeza*” (Nettel, 2013, p. 100). El asumirse como un parásito sitúa a la narradora en una posición de confinamiento, en la cual solo desea la constante atención de su amante, pero él no puede dársela. Instalados en esta dinámica, la mujer se convierte en un ser dependiente del cuerpo de Laval, pero también en un ente invasivo. Es decir, se instala en ella la constante necesidad por apropiarse del espacio de su amante y apropiarse de todo aquello que él es.

Esta apropiación se da a través del cultivo de un hongo en su cuerpo: “Al contrario de lo que hizo mi madre durante mi infancia, yo había decidido quedarme con los hongos indefinidamente. Vivir con un parásito es aceptar la ocupación... nunca he permitido que el mío llegue hasta las ingles ni a ningún otro lugar fuera de mi

entrepiera" (Nettel, 2013, p. 100). Este elemento ajeno irrumpe en la intimidad del cuerpo, instalándose en él, buscando invadirlo todo, pero encontrándose, como en el caso de la propia narradora, con unos límites muy precisos que lo circunscriben a la zona más íntima: el sexo. Secuela de una pasión, el hongo anida en el territorio conquistado, apropiándose y marcándolo para que sea suyo nada más. La metáfora se extiende al grado de que esa invasión da como resultado una esterilidad para que ninguna otra cosa, excepto el propio hongo, pueda crecer.

En este caso, una mujer que se presenta al inicio del relato como una persona feliz y dedicada a su trabajo deviene, tras la invasión del hongo, en un ser absolutamente dependiente del otro ser. Abrazando una vida solitaria en una oscuridad tanto literal como metafórica:

No me quejo. Mi vida es tenue pero no me falta alimento, aunque sea a cuentagotas. El resto del tiempo vivo encerrada e inmóvil en mi departamento, en el que desde hace varios meses no levanto casi nunca las persianas. Disfruto la penumbra y la humedad de los muros. Paso muchas horas tocando la cavidad de mi sexo –esa mascota tullida que vislumbré en la infancia–, donde mis dedos despiertan las notas que Laval ha dejado en él. Permaneceré así hasta que él me lo permita, acotada siempre a un pedazo de su vida o hasta que logre dar con la medicina que por fin, y de una vez por todas, nos libere a ambos. (Nettel, 2013, p. 102)

La identificación con el hongo, así como en los cuentos anteriores, pone al sujeto frente a la verdadera esencia de su personalidad, pasando de la imagen de una mujer independiente y felizmente casada a un ser totalmente dependiente de otra persona (un parásito de su amante). La relación que se establece con el hongo transforma la vida, la forma de ser y la manera en la que la protagonista se relaciona con las personas que ama.

Conclusiones

Los dos relatos analizados permiten entrever cómo la narrativa de Nettel emplea a seres históricamente concebidos como vidas prescindibles para convertirlos en espejos y alegorías de lo humano, revelando una esencia inmanente de los personajes. A partir del contacto con estos seres, los personajes transforman su manera de actuar y las concepciones que tienen de sí mismos. El cuerpo y los vínculos con los demás también se ven condicionados, al grado que tal identificación los posiciona como sujetos conflictivos o dependientes, con una corporalidad que se marca para imitar al animal y al hongo.

Como mencionábamos, Giorgi (2014, pp. 12-13) ve en la inclusión del animal un elemento invasor que resalta por el hecho de no pertenecer a ese lugar. Su presencia en un lugar que históricamente le ha sido vedado resalta su condición intrusiva, lo que va a la contra de todas aquellas categorías previas que lo han marginado.

Estas figuras “menores” –plantas, animales u hongos– revelan una esencia oculta de cada uno de los personajes nettelianos. Ahora bien, estas categorías no operan de una manera constante, sino que se configuran como elementos dinámicos en el proceso de identificación. En ocasiones, operan a través de metáforas o analogías que resaltan las similitudes entre las entidades menores y el cuerpo de los personajes. En otras, es el cambio en la manera de vincularse con los demás la que se ve atravesada por dichos seres menores. En todos los casos, los cambios en la concepción de la propia corporalidad transforman la relación de los sujetos con los otros, principalmente en la dimensión erótica y amorosa.

Tanto en “El matrimonio de los peces rojos” como en “Hongos”, están presentes matrimonios más o menos estables, en los que el erotismo y el amor están presentes. Sin embargo, la progresiva identificación con animales y hongos, respectivamente, da marcha a cambios en la autopercepción y la aprehensión de sus parejas. Es decir, estos seres menores ponen en cuestionamiento las categorías, dinámicas e incluso los cuerpos bajo las que estas relaciones se habían desarrollado. A partir de esta irrupción, las relaciones amorosas se vuelven insostenibles.⁶ Estos personajes *outsiders* asumen su posición marginal, situándose en espacios igualmente ocultos. Alejados de los reflectores, en soledad, los personajes de Nettel abrazan su condición conflictiva o dependiente, y en vez de intentar controlar su corporalidad, abrazan los cambios físicos y, con ello, su manera de ser y estar en el mundo.

Referencias

- Agamben, G. (2017). *El uso de los cuerpos*. Adriana Hidalgo.
- Baquedano, S. (2017). Jerarquías especistas en el pensamiento occidental. *Eidos*, (27), 251-271.
- Bataille, G. (2013). *El erotismo*. Tusquets.
- Giorgi, G. (2014). *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica*. Eterna Cadencia.

⁶ En todos estos casos, debido a un redescubrimiento de la personalidad de sus integrantes, lo que, tras el cambio, hace imposible la convivencia en pareja, ya que esta va en contra de la naturaleza de la recién redescubierta personalidad. En los tres ejemplos, la presencia de seres menores, con los que los personajes se identifican, desencadenan el proceso que les conduce al redescubrimiento de sí mismos.

- Hernández, J. (2014). Rasgos y características de un postbestiario mexicano: los casos de Ricardo Guzmán Wolffer y Bernardo Esquinca. *Gamma*, 25(53), 31-46.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 1. Siglo XXI*.
- Marín, C., y Suárez, J. (2024). Filosofía fungi. *Ludus Vitalis. Revista de Filosofía de las Ciencias de la Vida*, 30(2), 71-96.
- Nancy, J. L. (2003). *Corpus*. Arena Libros.
- Nettel, G. (2013). *El matrimonio de los peces rojos*. Páginas de Espuma.
- Paz, O. (2014). *La llama doble: Amor y erotismo*. Seix Barral.
- Schopenhauer, A. (2014). *El amor, las mujeres y la muerte*. José J. de Olañeta.